

OBITUARIOS

Manuel Alcántara, decano y maestro del articulismo español

Llegó a ser la columna más leída de la prensa nacional, además de poeta

TEODORO LEÓN GROSS

En otoño me dijo que este sería su último invierno. Apenas ha llegado a ver una última primavera, tiempo que le gustaba especialmente para hacer las tres cosas que confesaba haber hecho más y mejor: ver el mar, esa gran pista de aterrizaje de gaviotas; reír y levantarse tarde tras remontar la madrugada conversando un trago con amigos. “No soy un malogrado. Tengo ya edad de esquila” ironizaba, con su característica sonrisa elegantemente tímida, mientras sostenía su penúltimo *dry martini*. Manuel Alcántara, el decano del articulismo español, uno de los grandes maestros del género, falleció ayer a los 91 años. “Lo peor no han sido los primeros 91, sino las últimas semanas”, bromeaba al dejar de publicar su columna en enero después de 60 años casi ininterrumpidos. Siempre quiso morir con las teclas puestas.

Alcántara llegó al articulismo en parte por azar, aunque sin duda era su género, por la precisión poética de “los cien metros libres del periodismo” y la rapidez de ejecución. Su estreno literario se produjo en 1953, con un recital en el café Varela. Había llegado a Madrid pocos años antes, tras pasar la infancia y adolescencia en Málaga, ciudad donde nació el 10 de enero de 1928 y donde presumía de que los camareros de las tabernas lo saludaban por su nombre desde los 14. Fue un niño de la guerra —“y hay cosas que un niño no olvida nunca”— muy dotado para la alegría. Se matriculó en Derecho, pero ya se sentía matriculado “en Segundo de jazmines”.

Durante esos años publicó sus primeros libros: *Manera de Silencio*, *Plaza Mayor* y *El embarcadero*, finalista del Premio Nacional. Tras ganar el premio de la revista *Juventud* en 1957, que



Manuel Alcántara, en Málaga en septiembre de 2017. / JORGE ZAPATA (EFE)

se editaba en los talleres del diario *Arriba*, Rafael García Serrano, su director, le invitó al articulismo. Sin embargo, dejó el periódico poco tiempo después, cuando el nuevo director decidió prescindir de la colaboración de Ramón Gómez de la Serna. “Yo no podía escribir en un periódico en el que no cupiera Ramón”, dijo. Siempre conservó esa rebeldía, a riesgo de perder su único ingreso de 136,5 pesetas.

En los sesenta, tras ser premio Nacional de Poesía por *Ciudad de entonces*, su último libro de poesía hasta los ochenta, se convirtió en columnista estrella, primero en *Ya* y después en *Arriba* de nue-

vo, adonde lo llevó su amigo Jaime Campmany. Fueron años felices, en los que gana el Luca de Tena, el Cavia y el González Ruano que le reconocen como articulista literario. Sin embargo, el franquismo crepuscular se convirtió en un tiempo desgraciado para quien había sido definido como “la cortina liberal de *Arriba*” por sus artículos dedicados a Picasso, Miguel Hernández, Alberti y otras bestias negras para la cultura franquista. Los duros del búnker lo relegaron en el retablo de firmas.

Alcántara llegó a 1975 sin haber dedicado una sola columna a Franco, e incluso huyendo de

cualquier besamanos para refugiarse en su casa de Málaga. No fue un disidente, pero tampoco un colaborador. Se evadió, como buena parte de su generación, a través de la literatura y el alcohol cordial de las madrugadas.

Esos años, a cambio, disfrutó un éxito excepcional con sus crónicas de boxeo para *Marca*, en la edad de oro del boxeo español, con las grandes peleas como el Legrá-Winstone en 1968, la irrupción epatante de Urtain con Weiland, las peleas de Carrasco y Mando Ramos, por supuesto Evangelista con Alí... El boxeo es una pasión que le viene de la infancia: los boxeadores entrenaban en un descampado junto a su casa, y su madre, cuando daba la tabarra, le gritaba: “Bájate con los boxeadores”. Lo dejó el día que vio morir a Rubio Melero, un humilde aspirante a sacar a su familia de la miseria.

Desaparecido *Arriba*, escribe en *La Hoja del Lunes* antes de regresar a *Ya*. En esos años inciertos, publicó sus otros tres libros de poesía: *Anochecer privado*; *Sur, paredón y después* y *Este verano en Málaga*. Más tarde, tras un primer acuerdo con *Ya*, el grupo Correo, después Vocento, se queda con su firma, donde llegará a ser la columna más leída de España.

En los noventa se produce, además, una cierta rehabilitación de Alcántara. Los columnistas jóvenes, ajenos a los prejuicios de la Transición, reconocen su figura como maestro del género. Es tiempo de premios, homenajes, distinciones, honores ante los que él conserva la distancia. Sus pasiones, ya retirado en Málaga, nunca cambiaron, fiel hasta el final entre el mar, la lectura, el *dry* y, sobre todo, los amigos. “Cuando llegue la muerte / si dicen a levantarse / a mí que no me despierten” escribió en un poema memorable.

mirar atrás, pero, sobre todo, lo miraba en silencio como se miran las estatuas que pueden hacerse polvo en cualquier momento dejando a su alrededor una belleza intacta. Con el tiempo, con sus libros y con sus amigos, pude saber tantas cosas de Manuel Alcántara que verlo era como tener al lado no a un poeta ni un periodista, sino a una época. Algo grandioso, quizá lo más grandioso que se podía encontrar en las páginas de un diario español, *Sur*, por lo que tenía de longevidad, lucidez y carisma. Escribió todos los periódicos y de alguna manera nos escribió a todos también.

Hablaba con elegancia de las grandes figuras del siglo XX sin pensar que ellas hablarían con tanta o más pasión de él ejerciendo la suerte del periodista: pensar que no existe. Del mismo modo que cuando le preguntaban qué había hecho él por la posteridad, respondía eso de qué había hecho la posteridad por él. Recordé muchas veces la última frase que escribió de boxeo: “No es agradable contar cómo un hombre muere a puñetazos”. No es agradable contar casi nada, en el fondo, pero él lo hizo siempre con un talento que invitaba a pensar que sí, que algo de encanto podía encontrarse contando cualquier cosa si se hacía con honradez, pulcritud y respeto.

‘IN MEMORIAM’

Bernardino M. Hernando

Inolvidable profesor de periodistas

G. BELINCHÓN / M. MORALES

Para varias generaciones de estudiantes que pasaron en los ochenta y noventa por la Facultad de Ciencias de la Información de la Complutense, Bernardino Martínez Hernando fue el maestro que empujaba a ilusionarse por el periodismo y uno de los poquísimos miembros del claustro que se aprendía el nombre de los alumnos, varios cientos por año. Profesor de Redacción Periodística, impartía su materia en primero, lo que dejaba un sabor agri dulce en sus discípulos, pues tras él era muy difícil encontrar otro profesor a su altura profesional y personal.

Bernardino nos hacía escribir (y mucho), recomendaba lecturas y su estilo no era el habitual de dictar apuntes. Educado y con fino sentido del humor, invitaba a los alumnos a su casa en grupos de 20 para charlar de cual-



Bernardino Martínez Hernando.

quier asunto de la vida y respondía a cualquier duda. Ahora, tras su muerte el día 7 a los 84 años de un derrame cerebral tras una caída, muchos de ellos le hemos recordado en sus clases con el micrófono pegado a la boca para amplificar su voz en aulas con más de cien alumnos.

Nacido en Mansilla de las Mulas (León), el 8 de agosto de 1934, con 17 años ya colaboraba en medios regionales. Licenciado en Filosofía en el seminario de León y diplomado en Lengua y Literatura Francesa en la Universidad Católica de París, trabajó o colaboró en multitud de medios, entre ellos EL PAÍS y publicó trabajos de investigación en diversas revistas especializadas, méritos que le valieron el premio Luca de Tena de Periodismo (1991) o el internacional de poesía Antonio Oliver (2000). Y escribió libros como *Lenguaje de la prensa*, *Testigo del misterio* o *La corona de laurel*. *Periodistas en la Real Academia Española*.

Todo lo anterior lo hubiese resumido él en un par de líneas, con su insistencia en que el periodista es el mensaje, no el mensaje. Por desgracia, le ha tocado ser noticia.

MANUEL JABOIS

No es agradable contar cómo muere un hombre

Cuando gané el Premio Nacional de Periodismo Julio Camba, yo no sabía quién era Julio Camba, y busqué unas referencias rápidas en la web para dar mi discurso, que deslumbró tanto al patrocinador del premio que dijo que el siguiente año, en lugar de 6.000 euros al ganador, daría 12.000 para ver si subía el nivel. No contento con la lección, me presenté invitado en Málaga por la Fundación Manuel Alcántara, y le di la mano presentando mis respetos a todos los ingleses de Rincón de la Victoria (“le admiro y le aprecio mucho, señor, sus artículos son mi biblia”), antes de que Teodoro León Gross me depositase ante un octogenario de mirada divertida, bigote de otro siglo, erguido como un pajarito. “I don’t speak english”, le dije antes de intentar marcharme.

Este primer párrafo no es mío, sino de Manuel Alcántara, que fue el que me lo enseñó: no renunciar a la ignorancia cuando se tiene, pelear por mitigarla en cuanto se evidencia, no pretender ser más de lo que se es, no dejar nunca de abrir los ojos y la boca escribiendo las cosas como si ocurriesen por primera vez, y sobre todo ser honesto con uno mismo aunque te parezca, lejanamente, estar siendo deshonesto con los demás: las traiciones que no se perdonan son las que se ejecutan sobre uno mismo no porque tú mueras con ellas, sino porque mueren los que confiaron en ti.

Cuando le decían “maestro de columnistas”, yo pensaba en ese segundo párrafo. Volví a verlo más veces y teniéndolo más leído, escribí de él, le copié y le robé sin pudor y sin